

Confrontación, violencia política y democratización. Portugal 1975¹

Contentious politics, violence and democratization. Portugal 1975

Diego PALACIOS CEREZALES

Instituto Ciencias Sociales (Universidad de Lisboa)
e-mail: dgplcs@yahoo.es

Recibido: 3-02
Aceptado: 7-02

RESUMEN

En la literatura sobre democratización, la movilización social y, especialmente, su radicalización, ha sido tratada como un obstáculo a la consolidación democrática. En este texto se analizará el intenso duelo de manifestaciones y contra-manifestaciones políticas que tuvo lugar en Portugal entre mayo y diciembre de 1975, cuando un directorio militar radicalizado –aliado al Partido Comunista (PCP)– amenazaba con no respetar los resultados de las elecciones constituyentes, amparándose, como referente de legitimidad, en la intensa movilización obrera, vecinal y jornalera. En este análisis se intentará mostrar como otra movilización, la de «resistencia» contra el Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA), que incluyó manifestaciones gigantescas en todo el país y más de 80 asaltos colectivos a sedes del Partido Comunista (PCP) u organizaciones afines, fue fundamental en la conversión de los resultados electorales en poder político efectivo. El artículo concluirá con un análisis de las condiciones de eficacia de las campañas de movilización popular en situaciones de crisis y sobre la importancia de la noción de escalada del conflicto en la interacción estratégica entre movimientos, contra-movimientos y autoridades.

ABSTRACT

In literature on democratization, the social mobilization and, specially, its radicalization, have been treated as an obstacle to democratic consolidation. In this text we would analyze the intense duel of political demonstrations and counter-demonstrations that took place in Portugal between May and December 1975, when a radicalized military directory, allied to the Portuguese Communist Party (PCP), threatened with a political take-over despite of the results of the Constituent Assembly elections. This analysis will show that «resistance» mobilization against the Armed Forces Movement (MFA), that included massive marches and more than 80 collective assaults to the PCP's headquarters, was crucial for the electoral results' conversion on effective political power. The communication will conclude analyzing the conditions of effectiveness of popular mobilizations and of the importance of conflict escalation strategies in the interaction between movements, counter-movements and authorities.

PALABRAS CLAVES

Violencia política, Transición, Democratización, Manifestaciones, Interacción estratégica, Portugal, Revolución, Reacción, Contra-revolución, Movilización

KEY WORDS

Political violence, Transition, Democratization, Demonstrations, Strategic interaction, Portugal, Revolution, Counter-revolution, Counter-revolution, Contentious politics

¹ La investigación que sustenta este trabajo no habría sido posible sin el subsidio concedido por el servicio internacional la Fundación Calouste Gulbenkian (Lisboa), la acogida del Instituto de Ciências Sociais de la Universidad de Lisboa y la generosa orientación del profesor Manuel Villaverde Cabral. Una versión anterior fue presentada al VII congreso de la Federación Española de Sociología (Salamanca, 2001), y se benefició del comentario crítico de Ramón Adell en el grupo de trabajo sobre Movimientos Sociales y Acción Colectiva.

SUMARIO Análisis estratégico y contexto estructurado. Tipología de la política de confrontación. Aproximación narrativa al proceso. Ruptura del MFA y cortejo selectivo de masas Consolidación plebiscitaria del poder gubernativo. Escalada del conflicto y eficacia de las manifestaciones. Conclusiones. Bibliografía.

Este artículo pretende analizar los efectos sobre el proceso político de la interacción entre movilizaciones y contra-movilizaciones políticas en un caso particular, la llamada «transición portuguesa a la democracia», la cual se desarrolló entre la «revolución de los claveles» de abril de 1974 y la elección de un primer parlamento constitucional, en abril de 1976⁴. Tomando como marco ese proceso general, concentraremos la atención en el período que media entre las elecciones de abril de 1975 y el episodio golpista del 25 de noviembre de ese mismo año, generalmente aceptado como punto final de la situación revolucionaria.

La literatura internacional ha tratado con asiduidad las movilizaciones «económicas» que se desarrollaron durante este período (en especial las ocupaciones de tierras, casas o fábricas), éstas, además, fueron esgrimidas como ejemplos de la autonomía política de las clases populares y de la viabilidad de las experiencias autogestionarias (Mailer, 1977; Bermeo, 1986; Hammond, 1988; Downs, 1988:). Su pujanza llevó a Boaventura Sousa Santos (1990) a considerar que en Portugal se había producido el «más amplio y profundo movimiento social de la posguerra europea». Sin embargo, el proceso también estuvo marcado por una activísima *movilización colectiva específicamente política* que, mediante medios pacíficos (en especial, manifestaciones) o violentos (contramanifestaciones, piquetes, apaleamientos, incendios, saqueos, etc.) expresó preferencias respecto a quiénes debían ser los gobernantes, qué políticas habrían de aplicarse y qué no sería aceptado como acuerdo constitucional.

Si se dejan de lado los abordajes teleológicos del análisis de las transiciones a la democracia —es decir, que presuponen el desenla-

ce democrático de la crisis política— y se atiende a lo que se jugaba en el proceso, se puede observar que la democratización fue un resultado contingente (v. Manuel, 1995). La acumulación de poder militar, administrativo y económico por parte de la *coalición radical* formada por los *gonçalvistas* —un sector especialmente radicalizado del Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA) que controlaba el gobierno, por el Partido Comunista (PCP) y por buena parte de los sindicatos, podría haber desembocado en la constitucionalización de un tipo u otro de «Democracia Popular». Lo que aquí planteamos, como hipótesis central, es que no fue así porque los defensores de una democracia poliárquica consiguieron poner en funcionamiento una vasta *coalición «anticomunista»* y movilizarla en la calle durante, aproximadamente, siete meses de «resistencia». Por ello, frente a las tesis de la transitología, que presentan la movilización de las «masas» como un peligro para la democratización y afirman que una habilidad fundamental de las elites consiste en su capacidad para contener las ansias de movilización de las bases que pretenden representar (O'Donnell y Schmitter, 1986 v.4), defenderemos que la contramovilización «anticomunista» en la calle fue una de las bazas estratégicas fundamentales que permitieron que la crisis política portuguesa se saldase con la transición a una democracia poliárquica.

Afirmar el impacto causal de un proceso n_2 sobre otro n_1 , es, al mismo tiempo, afirmar un contrafactual, es decir que el proceso n_1 hubiese seguido otro curso relativamente predeterminable para un tiempo t_2 si el proceso n_2 no hubiese tenido lugar (MacIntyre, 1980). En el caso que nos ocupa, la afirmación, en su expresión más cauta, es que sin el proceso de resistencia

⁴ Hay varias buenas historias de la «Revolución Portuguesa»: Sánchez Cervelló (1993), Medeiros Ferreira (1992), Maxwell (1995). Una buena aproximación desde la ciencia política que incorpora las reflexiones de la transitología moderna se encuentra en Manuel (1995).

anticomunista, con su recurso a la política de confrontación y a la violencia política, se hubiese prolongado la hegemonía de los *radicales* sobre las fuerzas armadas y el gobierno provisional. Esto, a su vez, podría haber significado la ilegalización de los partidos a la derecha del espectro político e, incluso, la disolución de la Asamblea Constituyente. El proceso de exclusión de partidos, de marginación de la Asamblea Constituyente y de control de los medios de comunicación opositores ya había comenzado, aunque no pueda considerarse que estuviese guiado por un plan político claramente articulado³.

Aún está por hacer un análisis sereno e informado de la política del PCP durante la transición, aunque parece que su apuesta moderada inicial, que se conformaba con evitar todo regreso a la dictadura y lograr participar legalmente en el régimen democrático inicialmente prometido por el MFA, fue combinándose con un «plan B», con la posibilidad de hacerse con las riendas del poder en un sistema de tipo «Democracia Popular»⁴. Esta última hipótesis fue haciéndose más realista a medida que se aceleraba el *tempo* revolucionario y la coalición radical descubría que podía explotar a su favor los fracasos de los intentos de contragolpes de la derecha militar (28 de septiembre de 1974 y 11 de marzo de 1975). Tras cada uno de estos golpes, pudieron purgar adversarios, conquistar nuevas esferas de influencia y legislar drásticas medidas, como la Reforma Agraria o las nacionalizaciones de la banca y de los principales sectores industriales. Además, estas medidas no se producían en el vacío, sino que se correspondían con exigencias expresadas vivamente por pujantes movimientos sociales, que, pese a actuar con relativa autonomía y, en ocasiones, protestar por la falta de decisión en las medidas gubernativas, parecían constituir una sólida base de apoyo para la coalición radical.

Eso sí, lo que parece claro es que ni el PCP ni sus aliados militares estaban dispuestos a llevar adelante ese «plan B» a cualquier precio, y lo dejaron de lado cuando vieron que para alcanzarlo se arriesgaban a provocar una guerra civil. El recurso a la confrontación y a la violencia política por parte de los anticomunistas – y no la pasividad de los «demócratas» que saben que tienen a su favor los números electorales y la legalidad formal – fue lo que permitió hacer consistente ese escenario de conflicto fratricida, que acabó funcionando como lo que las teorías de la interacción estratégica denominan «escenario de evitación» (Schelling, 1960). Cuando los radicales hubieron de optar entre una guerra civil y la renuncia a sus objetivos maximalistas, optaron por lo segundo, permitiendo la consolidación de la democracia representativa.

Análisis estratégico y contexto estructurado

Una aproximación satisfactoria a la dinámica de los conflictos necesita, al menos, articular las aportaciones del análisis estratégico con las del análisis estructural. Además, si se quiere captar la fluidez de los procesos políticos en el mundo contemporáneo, es necesario tomar en cuenta la plasticidad de la identidad y los intereses de los actores que participan y que, en buena medida, se constituyen y reconstituyen en la interacción (Pizzorno, 1978; Moscoso, 1997).

El análisis estratégico (Schelling, 1960; Crozier y Friedberg, 1972), al referirse a lo que se desarrolla durante el conflicto, a las acciones, a las interpretaciones de la situación o a lo que la teoría de juegos denomina «intercambio de golpes», permite utilizar una concepción interaccionista del poder y

³ Ya se habían ilegalizado varios partidos de derechas por implicaciones en «conjuras reaccionarias» y otros de extrema izquierda por sus violentos ataques al PCP y el MFA. Además, al legal CDS apenas se le había ofrecido protección pública cuando sus mitines o congresos fueron atacados por contramanifestantes. En julio de 1975, la Asamblea del MFA aprobó un documento de definición del rumbo político, con el título de «*Aliança Povo-MFA*», en el que el MFA se atribuía un papel de vanguardia revolucionaria en contacto directo con el «pueblo», al cual se llamaba a organizarse en órganos de democracia directa (comisiones de trabajadores, comisiones de barrio y comisiones de aldea) mientras se marginaba el futuro papel del parlamento.

⁴ Ambas opciones dividían a Pomanariov y a Suslov en el PCUS, que evaluaba lo que sucedía en Portugal, especialmente, en función del futuro de las colonias africanas (Eisfeld, 1985).

Cuadro 1. Cronología sucinta del proceso político

<i>Fecha</i>	<i>Acontecimiento</i>	<i>Consecuencias</i>
25 de abril 1974	Golpe de Estado de los capitanes (MFA)	Movilización popular. Sustitución de autoridades. PS, PPD, PCP y MDP en el gobierno provisional (GP). Spínola presidente.
15 de julio 1974	El I.º GP fracasa al intentar reforzar el poder de Spínola.	Spínola acepta negociar la independencia de las colonias. II.º GP.
28 de septiembre 1974	Spínola es apartado.	MFA asume protagonismo político. Progresiva radicalización. III.º GP.
11 de marzo 1975	Intento fallado de Golpe de Estado spinolista.	MFA radical gana posiciones. Nacionalizaciones. Los partidos aceptan la tutela del MFA sobre la constitución. Movilizaciones populares. IV.º GP.
25 de abril 1975	Elecciones constituyentes. Vencen el PS y el PPD.	Los radicales del MFA desvalorizan los resultados.
8 de julio 1975	El MFA aprueba un proyecto político radical.	PS y PPD pasan a la oposición. División del MFA. Movilización anticomunista en todo el norte de Portugal. V.º GP.
5 de septiembre 1975	Los moderados del MFA vencen en la Asamblea de Tancos.	PS y PPD vuelven al gobierno (VI.º GP). Intento de reforzar poderes. Contestación de la extrema izquierda, PCP y sindicatos: politización de los movimientos sociales.
25 de noviembre 1975	Proceso golpista	Se desmoviliza a los militares radicales. El VI.º GP logra gobernabilidad. Fin de Movilizaciones.
2 de abril de 1976	La Asamblea Constituyente aprueba la Constitución.	Inicio del periodo democrático.
25 de abril 1976	Elecciones legislativas	Mayoría PS- PPD. I.º Gobierno Constitucional.

tener en cuenta *lo que hacen los actores* como componente fundamental de todo proceso político.

El análisis estructural, a su vez, ha de permitir captar, por una parte, cuales son los espacios en los que la actividad de los actores tiene lugar y, por otra, de qué manera están distribuidos los recursos para la acción. Como propone Michel Dobry (1986) «el hecho estructural fundamental que hace inteligibles los procesos de crisis política en los sistemas sociales modernos, es la existencia de una multiplicidad de esferas o de campos sociales diferenciados, inextricablemente incardinados y, simultáneamente, autónomos unos de otros en mayor o menor medida».

La advertencia anterior nos lleva al tercer componente del análisis, el que hace referencia a la fluidez de los procesos políticos y a las transformaciones de estado (de sólido a gaseoso, de integrado a descoyuntado) de los componentes estructurados de las sociedades («contextos de interacción», «organizaciones» y «subsistemas», si seguimos la enumeración de Luhmann, 1982). Del mismo modo, hay que tener siempre en cuenta que los recursos ni están incondicionalmente disponibles, ni tienen un valor intrínseco independiente de los procesos de interpretación y movilización —de resolución de dilemas de acción colectiva— que permiten ponerlos en juego. Así, por ejemplo, recursos como los cuerpos

organizados para administrar violencia (policías, ejércitos, grupos paramilitares, etc., al servicio de unos u otros proyectos políticos), que parecen contar con un valor intrínseco incontestable, pueden deshacerse en el aire si, por un proceso de *transformación de estado*, los componentes organizativos que permiten el funcionamiento de esos cuerpos como tales, entran en quiebra y, por ejemplo, permiten que, en vez de cumplir las ordenes de los poderes constituidos — como reprimir una determinada manifestación— los policías o los soldados confraternizen con los rebeldes⁵.

El reto se encuentra en relatar el proceso político con una narración parsimoniosa en la que se integren los acontecimientos y los mecanismos explicativos, y sin abandonar los elementos de complejidad. Tampoco se puede intentar asignar un sentido único a los grandes procesos políticos, pues la realidad estructural compleja, con su pluralidad de *arenas*, hace que los grupos sociales y los individuos que se suman a las movilizaciones lo hagan por motivos e intereses heterogéneos, o, mejor, bajo el efecto de secuencias causales independientes las unas de las otras. Cada entrada de un nuevo actor otorga a la movilización nuevos significados y, en definitiva, dota al proceso político de otra trayectoria histórica (Dobry, 1986).

Los propósitos señalados han sido desarrollados en un proyecto ambicioso sobre los dos años de proceso revolucionario portugués de 1974-1976, en el que se intentan explicar tanto las condiciones de posibilidad de las movilizaciones como sus efectos en el desarrollo de la transición en su conjunto (Palacios, 2003). En este artículo vamos a recortar una dinámica de movilización específica, la compuesta por una inmensa serie de acciones colectivas propiamente políticas⁶, es decir, que expresan rechazo o apoyo a unas u otras autoridades públicas, a los candidatos a asumir esos lugares de autoridad, o a políticas [*policies*] específicas.

Además de analizar cuantitativamente esa dinámica, vamos a intentar mostrar las condiciones de su éxito o fracaso relativos, teniendo en cuenta que el éxito en la organización de la acción colectiva (reunir a vastas multitudes, en el caso de las manifestaciones) no significa el éxito de sus promotores (o de quienes se suman a ella o la reinterpretan) en el ámbito de la toma de decisiones (Mann, 1990). Para comprender la eficacia estratégica de la política de confrontación, es necesario percibir en qué sistema de acción concreta se integra y, ahí, cómo se producen, circulan y se reciben las interpretaciones de su significado en las diferentes arenas en las que se juega el proceso. Siguiendo de nuevo a Dobry (1986), el fluir de una crisis política puede ser pensado como un juego de interacción extendido a múltiples sectores sociales en el que nadie sabe a ciencia cierta con qué recursos cuenta ni cuanto valen. Las diferentes jugadas de los actores van siendo interpretadas y devueltas al espacio público, funcionando como puntos focales en torno a los cuales se organiza la interpretación de lo que está pasando, de quién es quién, a quién apoya, quién representa qué o cuanto vale cada recurso.

En este escenario de incertidumbre, la movilización popular —un indicador de fuerza social y de compromiso con los valores afirmados— puede transformarse en uno de los recursos primordiales sobre los cuales fundamentar las distintas apuestas políticas. Esto puede ser así, sobre todo, cuando en el juego de interacción los diversos adversarios vinculan la legitimidad de su proyecto al interés de los gobernados. En ese caso, las multitudes movilizadas ganan buena parte del protagonismo, pues con su movilización o indiferencia balizan el proceso político, dramatizan compromisos con determinadas opciones o recalcan la marginalidad de otras. Además, frente al secretismo del voto, que sólo produce mayorías numéricas latentes, inconexas e inactivas, la manifestación es una forma de

⁵ Sobre movilización de recursos en la interacción estratégica v. Tilly (1978, pp. 29-34 y 69-97); sobre las condiciones de lealtad de las tropas en situaciones revolucionarias, Chorley (1943) y Traugott (1985); sobre «transformaciones de estado» Dobry (1986).

⁶ No negamos el componente político de otro tipo de movilizaciones, como las económicas, pero ello no invalida la pertinencia de analizar lo que se juega en la arena política *strictu sensu* o especializada (Luhmann, 1982).

compromiso político público: implica riesgos personales y, consecuentemente, la expresión de la disposición a asumirlos (Fillieule, 1997). Esta disposición, el compromiso [*commitment*], al señalar una reducción de la incertidumbre sobre la respuesta a las acciones de terceros, es una de las bazas fundamentales de toda interacción estratégica (Schelling, 1960).

Tipología de la política de confrontación

Una de las distinciones analíticas que se han introducido, durante los últimos años, para analizar la movilización social como forma de participación política es la que separa, por una parte, la política convencional y, por otra, la política de confrontación [*contentious politics*] (v. MacAdam *et alii*, 2000). Como toda gran divisoria, la línea, al tiempo que separa las aguas, reúne en cada uno de los campos una masa heterogénea de prácticas políticas.

En la política convencional, los principales actores son los cargos públicos y los representantes de las diferentes organizaciones incorporadas en el sistema político, en general, las elites. Sus acciones podrán tener como palco las instituciones o, como sucede en los momentos de crisis y se «encoge la arena política», otros «invisibles y mucho más restringidos» (Linz, 1987). La participación del resto de los ciudadanos se hace por medio de mecanismos regulados, como las elecciones, la militancia partidista o la queja ante los tribunales. En cambio, lo característico de la política de confrontación es la irrupción de participación política en ámbitos ajenos a su regulación, abarcando su definición desde los movimientos sociales a las revoluciones o el terrorismo (McAdam *et alii*, 2000).

Como ya señalaba António Barreto (1987), en el Portugal de 1974 y 1975, las manifestaciones fueron utilizadas por los actores políticos como medio de demostración de fuerza, de apoyo y de rechazo a las medidas gubernativas,

siendo los divididos poderes militares el principal destinatario de las demostraciones de fuerza, de afecto o de condena. Además, en casi todas ellas, pese a su diferente orientación, se pretendía representar el referente de la Unidad (frente al partidismo), de la Cantidad (frente a las minorías), del Compromiso [*commitment*] (frente a la apatía) y de la Respetabilidad de los manifestantes⁷.

Remitiendo a estas definiciones, defendemos que la utilización de formas de política de confrontación por parte de los vencedores de las elecciones de abril de 1975 —incluidas formas violentas— fue fundamental para lograr que el resultado electoral se transformase en un poder político efectivo.

Para afinar el tratamiento de las movilizaciones específicamente políticas durante el periodo y construir una base de datos, recurriremos a la definición que Charles Tilly propone de «política de confrontación». Para este autor, ésta es «la interacción colectiva, pública y episódica entre unos reclamantes y sus objetos cuando (a) al menos un gobierno [en el sentido anglosajón] es reclamante u objeto de reclamación y (b) lo reclamado, si se obtiene, interesará, al menos, a uno de los reclamantes» (Tilly, 2000).

Explorando las posibilidades de esta definición, podemos proponer cuatro tipos de episodios de confrontación, según sean las partes de la interacción (Cuadro 2). En primer lugar, tenemos un episodio *desintegrador*, como los propios de los golpes de Estado, cuando unos sectores del aparato de Estado reclaman acciones a otros fuera de su marco de integración institucional. En segundo lugar, un episodio de conflicto *privado o económico*, cuando un actor no estatal reclama acciones a otro actor que tampoco pertenece a la esfera estatal. En tercer lugar, un episodio de confrontación propiamente *política*, cuando es un actor no estatal quien reclama acciones de un actor estatal y, por último, una interacción episódica que denominaremos *plebiscitaria*, cuando es el actor estatal quien reclama a un público no estatal el reconocimiento de la validez de sus acciones.

⁷ Estas cuatro dimensiones son analizadas en Tilly (1999).

Cuadro 2. Caracterización de los tipos de episodios de confrontación entre actores estatales y no estatales

Reclamado	Reclamante	
	Actor Estatal	Actor no Estatal
Actor Estatal	Desintegrador	Político
Actor no Estatal	Plebiscitario	Privado

Siguiendo estos criterios, hemos elaborado una base de datos con las manifestaciones políticas y plebiscitarias de la transición portuguesa, en las que no están incluidos, por ejemplo, los mítines electorales o las numerosísimas «sesiones de esclarecimiento» —con una función primaria de comunicación entre líderes y bases potenciales—, pero sí aquellos otros convocados como palco de desafío colectivo al gobierno o a determinados sectores del aparato de Estado. Para cernir con rigor el objeto, hemos incluido en la base de datos aquellas manifestaciones políticas en las que (a) sólo una de las partes, ya como interpelado o ya como convocante, es un aparato de Estado y (b) lo que se reivindica tiene un carácter general⁸. Así, se presentan en el gráfico tanto las manifestaciones políticas como las «plebiscitarias», las convocadas por los aliados de los distintos gobiernos o sectores del aparato de Estado para dramatizar el apoyo popular a cada uno de ellos.

Antes de concluir este apartado, señalaremos que nuestra base de datos recoge 281 manifestaciones, contando como una única las simultáneas que se corresponden con fechas ritualiza-

das, como el 1.º de mayo o el 5 de octubre (Día de la República), pero individualizando las que responden de manera dispersa por el territorio a un mismo acontecimiento político, como las concentraciones en las jornadas golpistas, siempre que apareciesen mencionadas expresamente en las fuentes y recopilaciones utilizadas⁹.

En el Gráfico se ofrece un panorama resumido de esas manifestaciones. Se han formado cuatro familias políticas a las que adscribir cada acto: *Unitaria* (gran coalición «anti-fascista» que se constituyó después del golpe y que desaparece tras las primeras elecciones), *Spínolista* (apoyando al primer Presidente de la República frente a la radicalización del proceso político, hasta su apartamiento en septiembre de 1974), *Radical* (*gonçalvistas*, PCP, extrema izquierda y organizaciones unitarias de base) y *Anticomunista* (PS, PPD, CDS, Jerarquía Católica, «moderados»). Las categorías simplifican la complejidad de las apuestas políticas de los actores, pero como suele decirse, «nadie elige con quién compartir la barricada». El gráfico se destina a auxiliar al texto y a apoyar, con un referente cuantitativo sólidamente fundado, una narración en la que prima el componente de interacción estratégica sobre el puro *protest event analysis*¹⁰. En el gráfico queda claramente demarcado el cambio en las pautas y en los protagonistas de la movilización política según transcurre el proceso. Por otra parte, ninguna de las fuentes consultadas es sistemática en el tiempo ni en el espacio ni completamente imparcial, pero el cruce de varias de ellas nos asegura la consistencia del retrato de conjunto¹¹. Finalmente, se-

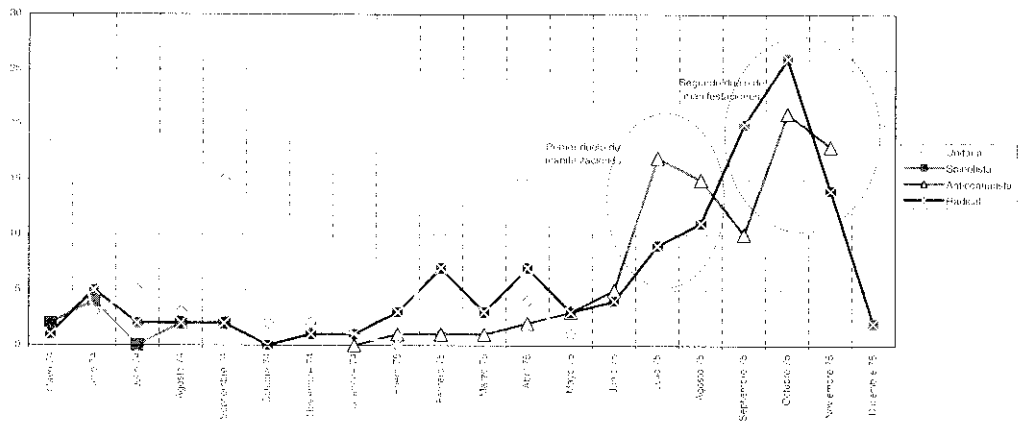
⁸ Así, se han excluido centenares de manifestaciones laborales o económicas, en las que ninguno de los interpellados es directamente un aparato de Estado o las que pedían, por ejemplo, la nacionalización de una empresa concreta. En cambio, se han incluido las que reclamaban una política general de nacionalizaciones o la vinculación de las exigencias concretas con una política de orientación general, como en el célebre cerco de 40 horas a la asamblea constituyente por parte de los trabajadores de la construcción (12-XI-75).

⁹ Para elaborarla se han explorado las cronologías publicadas y se han completado con la explotación de fuentes primarias. Para la Gran Lisboa y Oporto, nos hemos servido con especial provecho de Santos, Cruzeiro y Coimbra (1997) y de Martins Rodrigues ed. (1994), aunque los datos han sido corregidos y aumentados cotejando la prensa de la época, especialmente la editada por los distintos partidos. Para el Alentejo, la guía principal ha sido Almada (s.d.), mientras que para los distritos de Viana do Castelo, Santarém, Leiria, Faro, Vila Real, Bragança y Braga hemos utilizado cronologías de elaboración propia basadas en la prensa regional. Los otros distritos no han sido objeto de una búsqueda sistemática, una vez que los comportamientos de las áreas citadas nos parecen representar a la variedad del conjunto del Portugal continental.

¹⁰ Para un modelo desarrollado de análisis de series de manifestaciones Adell (1992).

¹¹ Para una discusión sobre la sistematicidad de las fuentes sobre manifestaciones, en el caso francés, ver Filleul (1997).

Gráfico. El duelo de manifestaciones. Portugal 1974-1975



Fuente: Elaboración propia.

ñalaremos que el número de manifestaciones no refleja el número de manifestantes que acude a cada concentración, aunque, salvo en los casos en que la falta de seguimiento es extremadamente patente, el impacto del número depende, fundamentalmente y como veremos, de procesos de atribución de sentido y de inserción en campañas de movilización y escalada (Mann, 1990; Dobry, 1986).

Aproximación narrativa al proceso

Las manifestaciones fueron fundamentales durante todo el proceso político. En un primer momento, el golpe militar del 25 de abril de 1974 encontró la acogida entusiasta de miles de ciudadanos que salieron a la calle, tanto durante el propio día de la revolución de los clavos, como en la multitudinaria participación en las manifestaciones del 1.º de mayo siguiente en todas las capitales de provincia. La movilización iniciada por los capitanes se propagó rápidamente a diferentes sectores sociales. En cada uno de ellos, por motivos e intereses heterogéneos, grupos sociales e individuos se vieron incitados a sumarse a la movilización. Por una parte, la oposición democrática a la dictadura inició una actividad febril, creando comités

a todos los niveles y movilizando a las poblaciones en barrios, pueblos y ciudades para organizar y refrendar en asambleas abiertas la sustitución provisional de las autoridades de la dictadura. Además, lideró el asalto colectivo a las sedes y el desmantelamiento de la policía política y de las milicias de vanguardia nacionalista. Por otro lado, los partidos políticos iban emergiendo de la clandestinidad y se creaban otros nuevos, con decenas de nuevas siglas y una omnipresencia, en las zonas urbanas, de los símbolos y banderas del Partido Comunista (PCP) y de los diferentes partidos de la extrema izquierda. Al mismo tiempo, los militantes sindicales venidos de la clandestinidad se hacían cargo de los sindicatos corporativos (Barreto, J. 1990) en todos los centros industriales importantes, aunque sin lograr controlar un amplísimo movimiento en el cual, en cientos de empresas, se elegían comisiones de trabajadores para exigir mejoras en las condiciones de trabajo (Hammond, 1988). Las huelgas —que se sucedían en *crescendo* desde octubre de 1973—, aumentaban vertiginosamente, sin hacer caso a las consignas moderadoras de los emergentes sindicatos o del propio PCP, que temían que los desórdenes en la esfera laboral pudiesen provocar un movimiento reaccionario. El movimiento obrero, como movimiento *real*¹²,

¹² Para una distinción entre el movimiento real y el organizado, ver Cabral (1978).

mostraba una gran sensibilidad a la oportunidad que le ofrecía la incertidumbre en la arena política, consiguiendo conquistar mejoras salariales sustanciales (Santos *et alii*, 1976; Durán, 1997). Por otra parte, en los barrios chabolistas y degradados, cientos de familias se lanzaban a ocupar casas y surgían las primeras formas de organización local: comisiones de barrio que coordinaban la acción reivindicativa (Downs, 1988; Rodrigues, 1999). En las regiones menos industrializadas del centro y norte —caracterizadas por una menor diferenciación social— la prensa local nos informa de asambleas y formación de comisiones sindicales en casi todos los sectores diferenciados: hospitales, banca, función pública y escuelas. Así, en fábricas, barrios, escuelas, administraciones, cuarteles, parroquias, un poco por todas partes, se convocan asambleas, se redactan manifiestos, se eligen comités, se reivindica, se grita, se pintan los muros...⁴³ Portugal, tradicionalmente asociado por la Ciencia Política a una cultura política poco participativa (Wiarda 1979, Braga da Cruz, 1995), se transforma, en palabras del cineasta Sérgio Trefaut, en «otro país».

Por su parte, los capitanes del MFA, como habían descalabrado la jerarquía militar y los procedimientos ordinarios de legitimación de su actividad, se ampararon en la movilización que les vitoreaba junto a los cuarteles como refrendo de la validez de su comportamiento, sellando, desde el 1.º de mayo, «los términos de un nuevo contrato político entre el MFA y la movilización popular» (Medeiros Ferreira, 1992, p.33).

Las movilizaciones exaltadas de esta primera fase de «reemergencia de la sociedad civil» (Schmitter, 1986) generaron un fenómeno que puede ser pensado con la categoría de la «espiral del silencio» propuesta por Noelle-Neumann (1995). El espacio público, aunque apareciese lleno de exigencias, sólo reflejaba las de los segmentos movilizados de la población, quienes, en el contexto de euforia e incertidumbre inicial, se correspondían con los grupos políticos y económicos antes reprimidos por la dictadura. Además, la prensa

también se vio sumida en una lucha por depurar las complicidades con las políticas de información y censura del régimen depuesto, lo que se reflejó en una carrera de desmarques del «fascismo» y en una cobertura creciente de los movimientos antes prohibidos.

El Movimiento de las Fuerzas Armadas, con su protagonismo político y su capacidad logística y coercitiva emergió como el principal actor que iría a definir el rumbo político de Portugal (Ferreira, 1992; Sánchez Cervelló, 1993). Sin embargo, el MFA era, en el seno del cuerpo de oficiales, una minoría que lograba liderar los procesos por estar organizada. El resto de los oficiales, en media de mayor graduación, carecía de coordinación política, mientras que la jerarquía tradicional se había venido abajo con la purga de la cúpula de generales que había apoyado al régimen depuesto (Pinto, 1998). Por su parte, al principio los partidos políticos se dedicaron, primordialmente, a gestionar sus relaciones con el MFA mientras iban emergiendo de la clandestinidad (caso del PCP) o implantándose sobre el terreno (el resto). Para los partidos, el MFA fue, en un primer momento, el baluarte contra las amenazas de contragolpes reaccionarios. Además, todos los partidos pretendían capitalizar la inmensa popularidad que habían alcanzado los capitanes al derrocar a la dictadura. Después, al radicalizarse, el MFA se transformó en una amenaza a los proyectos de traspaso del poder a las instituciones civiles. El PCP y sus aliados favorecieron ese protagonismo del MFA radical, pues coincidían con su programa. Por su parte, los «anticomunistas» buscaron alianzas con los sectores disidentes del MFA y con los militares que no pertenecían al movimiento, en los que confiaron para desbancar a los radicales.

La fuerza de los movimientos sociales y del sistema de estigmas «antifascista» había forjado una «legitimidad revolucionaria» con la que se identificaron los radicales del MFA, que se veían aclamados por los jornaleros que ocupaban tierras, los obreros que ocupaban fábricas y los movimientos vecinales que aco-

⁴³ Para una recogida abrumadora de las movilizaciones en los diferentes sectores sociales durante el mes de mayo de 1974 véase «Maio dia a dia» (Abril em Maio, 2001), otros relatos de experiencias intensas de participación colectiva popular en Brinca y Baía (2001) y en Rodrigues (coord) (1994).

metían la transformación del espacio urbano. Sin entrar en más detalles sobre las primeras fases del proceso, se puede afirmar que en el MFA fueron ganando cada vez más peso los sectores radicales –o radicalizados– y que la radicalización fue el producto de un juego de suma positiva, el del intercambio de reconocimiento e identidad entre militares, movimientos sociales y los partidos más a la izquierda. Los militares moderados o conservadores fueron dejando paso a los radicales, que eran quienes, pese a los intentos plebiscitarios del general Spínola, contaban con un respaldo social movilizado más efectivo. Esto comenzó a cambiar con el resultado de las elecciones constituyentes de abril de 1975.

Si se observa el gráfico (p. 196), se puede seguir la evolución y transformación de los protagonistas de las manifestaciones políticas en cuatro diferentes periodos. Cada uno de ellos está marcado por una crisis militar, por lo que las tres primeras puntas de movilización (25 abril-1 de mayo de 1974, 28 de septiembre 1974 y 11-12 de marzo de 1975) se corresponden con la respuesta civil entusiasta al resultado de las crisis. Eso sí, estas puntas de manifestaciones unitarias se corresponden, esencialmente, a la celebración simultánea en múltiples lugares. En una primera fase, priman las movilizaciones unitarias: las que saludan al MFA, piden purgas en las administraciones locales o piden el pronto final de la guerra colonial. Al mismo tiempo, explota la actividad huelguística (Durán, 1997). De junio a septiembre se produce un primer duelo de manifestaciones de los «unitarios» contra con los partidarios del general Spínola, más conservadores en materia social y de descolonización. Tras ser apartado mediante la insurrección que aborta la manifestación «de la Mayoría Silenciosa» (28 de septiembre de 1974), comienza la radicalización progresiva de los gobiernos provisionales, pero aún bajo el signo del unitarismo, pues ningún actor poli-

tico podía enfrentarse al MFA antes de saber con qué respaldo electoral contaba. Al tiempo, va generalizándose la fuga de capitales y capitalistas, ante lo que se reanudan los conflictos obreros y se generaliza, como forma de asegurar los salarios, la exigencia de nacionalización (Cabral, 1978; Durán, 1997). Tras el intento de golpe de estado *spinolista* del 11 de marzo de 1975, renace momentáneamente el unitarismo en torno del MFA, pero como la victoria es explotada por los radicales del movimiento, las tensiones entre éstos y los partidos irá acumulándose a la espera de los resultados de las elecciones constituyentes.

Desde un punto de vista normativo, se podría presumir que un año después de la revolución de los claveles, con la celebración de elecciones en abril de 1975, el respaldo de cada opción política ya no debería ser indicado por su capacidad de movilización en la calle, sino por los resultados obtenidos en las urnas. Sin embargo, aceptar la convertibilidad irrestricta de este principio (aunque se correspondiese con su compromiso programático inicial) significaría, para el MFA, abandonar el trabajo de transformación social que se había impuesto como nueva identidad, la de «vanguardia de la revolución socialista» y dejar sin premio el inmenso riesgo asumido con la organización del golpe y con las sucesivas respuestas a los contragolpes spinolistas¹⁴. Para evitarlo, el MFA se había ido institucionalizando como vanguardia del proceso, había dotado de poderes constitucionales a su «Consejo de la Revolución» y se disponía a ejercer como tutor de la actividad de los partidos políticos (Rezola, 2002; Gómez, 2002).

En esta coyuntura, se abrió un gran debate sobre la interpretación de los resultados electorales. Los partidos (MDP, PCP y FSP¹⁵) que servían de principal referencia al sector «radical» del MFA, entonces dominante, habían logrado una pobre representatividad general, aunque sus resultados fueron buenos en los cinturones

¹⁴ Se pueden proyectar sobre los comportamientos del MFA –y de la oposición democrática consolidada en torno al MDP– las ambivalencias propias de la clásica *paradoja del exclusivismo*, en la que los «demócratas» de la oposición, una vez que toman el poder, no pueden arriesgarse a dejar participar democráticamente a quienes los opositaron anteriormente o, simplemente, no se habían comprometido en el proceso de oposición.

¹⁵ La coalición anticomunista trató siempre al FSP (escisión de la izquierda del PS) y al MDP (plataforma heredera del movimiento unitario de oposición democrática a la dictadura) como meros «satélites» del PCP. Aún está por escribir su historia y la de sus relaciones particulares con las diferentes facciones del MFA.

Cuadro 3. Resultados electorales en las elecciones constituyentes de 1975 (resumidos)

<i>Partido</i>	<i>Resultado</i>
Partido Socialista (PS)	37%, 115 escaños
Partido Popular Democrático (PPD)	26%, 80 escaños
Partido Comunista Portugués (PCP)	13%, 30 escaños
Centro Democrático y Social (CDS)	08%, 16 escaños
Movimiento Dem. Portugués (MDP)	04%, 5 escaños
Frente Socialista Popular (FSP)	01%, sin escaños
Unión Dem. Popular (UDP) (maoísta)	08%, 1 escaño
Votos blancos y nulos	06%
Participación	91%

industriales de Lisboa y Oporto y en el sur latifundista; el PS obtuvo una clara mayoría y una implantación nacional homogénea, mientras el PPD se reveló como la segunda fuerza nacional y como el principal partido del norte minifundista, región en la cual el CDS (el partido más conservador con asiento parlamentario) también lograba una buena representación. La lectura de estos resultados fue variada: para los «radicales», la mayoría había votado un proyecto «socialista», por lo que se debía «avanzar hacia el socialismo» incluso sin la anuencia del partido que lo había presentado (el PS). Para defender esta interpretación, se afirmaba que las bases de ese partido estaban más a la izquierda que su cúpula y que apoyarían al MFA si se enfrentaba con el partido. Además, explicaban los resultados en el norte como fruto del oscurantismo al que, según ellos, caciques y curas «reaccionarios» sometían a los pequeños agricultores analfabetos. Con estas declaraciones, intentaban desvalorizar el voto emitido, argumentando que «aunque las elecciones se [hubiesen] realizado en libertad, no fueron libres (...) por culpa de la situación social, económica y política» (Correia, 1976a, pp. 137-138). En ese mismo sentido, Álvaro Cunhal, el secretario general del PCP, lisonjaba al MFA y le animaba a no plegarse al resultado electoral, afirmando que «en las elecciones hubo una gran fuerza política que no compareció, el MFA [y que] eso se tradujo de una manera u otra en la votación partidaria, dándole el apoyo correspondiente al MFA, lo que supone una limitación de la Asamblea Constituyente» (ACR, actas, vol 1, 23 de Maio).

Sin que sea sorprendente, PS y PPD no aceptaron esa interpretación y, como vence-

dores de las elecciones, apostaron por que su mandato electoral les permitiese controlar las riendas gubernativas y asegurase que los trabajos de la Asamblea Constituyente fuesen respetados por el MFA. En su discurso político, el pueblo portugués, además de votar por el socialismo, había votado por la democracia, cuyo establecimiento formal debía primar sobre cualquier intento «totalitario» (*sic*).

Así, pese a la aparente transparencia de los resultados electorales, su eficacia se mostraba subordinada al juego de interpretaciones que se hiciese de su significado. No estaba garantizado, como tantas veces ha sucedido en la historia, ni el respeto de los resultados por parte de los derrotados ni, en consecuencia, la conversión del resultado en un mandato efectivo de los vencedores. Los radicales anteponían la validez de su legitimidad revolucionaria a la electoral, amparándose en la teoría de la falsa conciencia y confiando en que su base de apoyo, enclavada en las cintura industriales y el proletariado agrícola, se ensanchase gracias a sus políticas de nacionalización, reforma y crédito agrícola. Por ello, los anticomunistas pronto descubrieron que el acto electoral en el que habían basado sus esperanzas no era suficiente. La política de confrontación, la movilización de sus bases de apoyo, apareció como el principal recurso con el que reafirmar la validez de su éxito en las urnas. Por ello, la disputa por la imposición de una interpretación de los resultados electorales se transformó rápidamente en una carrera por la apropiación de la capacidad de movilización popular. Los anticomunistas intentaban ganarle la partida a los radicales en su propio terreno.

Estaba en juego la definición del tipo de régimen político que se iba a establecer, así como cuales iban a ser las libertades y derechos protegidos por el Estado. Cada una de las coaliciones, además de contar con sus propias fuerzas, intentaba movilizar a su favor a la opinión pública, en especial, estigmatizando a los adversarios como «reaccionarios», «fascistas» o «totalitarios» y presentándose como verdaderos intérpretes de la voluntad popular. Pero, especialmente, intentaba cimentar alianzas con los distintos sectores de las fuerzas armadas, muy divididas y politizadas tras el golpe y las sucesivas purgas. En gran medida, como veremos, la movilización popular fue el vehículo con el que, cuartel a cuartel, se sellaron esas alianzas.

Las conflictivas conmemoraciones del 1.º de mayo de 1975, en las que PS —que celebraba su victoria electoral— y PCP pugnaron por el protagonismo, fueron el punto de partida de lo que, durante los ocho meses siguientes, constituyó un verdadero duelo de manifestaciones.

Durante el mes de mayo se fue haciendo patente la tensión entre los partidos dominantes en la Asamblea Constituyente y los militares radicales del MFA. Sin embargo, los conflictos entre el IV.º gobierno provisional y los dos partidos mayoritarios no provenían de la agenda política explícita que imponía el MFA, caracterizada por su prisa por legislar transformaciones estructurales, nacionalizar y apoyar la reforma agraria, sino por su falta de compromiso en la ordenación equitativa de la influencia de cada partido en los medios de comunicación (una crisis también señalada

por manifestaciones de diferente signo) y por su dependencia de un *Conselho da Revolução* y una asamblea del MFA que tendían a marginar a la Asamblea Constituyente. Por este último conflicto, el MFA entraba en crisis y comenzaba a buscar proyectos políticos que redefiniesen su lugar en el entramado institucional como depositario de la legitimidad revolucionaria. Así, se dividió en tres proyectos alternativos, que acabaron siendo conocidos como el «radical» o «*gonçalvista*», el «moderado» o de «*os nove*» y el «del poder popular» o «del COPCON», aliado con la extrema izquierda. Cada una de estas facciones sirvió de referente a los partidos, que, conociendo el equilibrio precario entre las corrientes militares, lanzaron movilizaciones para apoyar a unos u otros. El Plan de Acción Política (PAP) aprobado por el MFA el 19 de junio, significó un primer intento de consenso moderador, y en él el movimiento parecía reconocer el papel central de los partidos políticos. Por ello fue inmediatamente saludado por el PS con dos manifestaciones, «de apoyo al MFA» en Lisboa y Oporto. Sin embargo, el PAP sería pronto «superado» por la aprobación, en la siguiente asamblea del movimiento, del «*documento-guia, aliança Povo-MFA*»¹⁶ de 8 de julio, propuesto por el primer ministro, el coronel Vasco Gonçalves y por la V.ª División¹⁷. Este proyecto, a su vez, fue celebrado mediante numerosas manifestaciones convocadas por el PCP, el MDP y algunos partidos de la extrema izquierda.

La aprobación de este documento y la falta de resolución a su favor de los «casos» del periódico *Republica* y de la *Rádio Renascença*¹⁸

¹⁶ Los documentos políticos pueden encontrarse, en castellano, en Torre Gómez y Sánchez Cervelló (1992). El documento *aliança povo-MFA* marginaba claramente a los partidos políticos y a la futura asamblea nacional.

¹⁷ La V.ª División era el órgano militar encargado de la «acción psicológica». Estuvo en manos de los radicales del MFA y se encargó de intentar politizar a su favor a los militares y a las poblaciones. Por una parte, organizó campañas de prensa y televisión y, por otra, miles de «sesiones de esclarecimiento y dinamización popular» por todo el país, reuniones abiertas en los barrios y aldeas en las que se explicaba qué eran el MFA y el socialismo. Los iconos más célebres de la revolución portuguesa fueron encargados y difundidos por esta V.ª División.

¹⁸ En su inmediatez, ambos «casos» los protagonizaron grupos de trabajadores descontentos con la línea editorial y empresarial de los propietarios (PS e Iglesia Católica, respectivamente), pero, por su repercusión pública como medios de comunicación nacionales, se transformaron en iconos de los conflictos abiertos. La extrema izquierda apoyó las iniciativas de autogestión de los trabajadores como ejemplos de la lucha por su emancipación, logrando transformar estos medios en vehículo de su mensaje ideológico; el PCP delegó una toma de posición clara en el MFA, pero éste no consiguió una orientación unitaria, dividido entre quienes propugnaban el respeto por los derechos de los propietarios y aquellos que otorgaban primacía a las decisiones de base de los trabajadores. Finalmente, el PS y la Iglesia blandieron estos casos para lanzar un invite arriesgado: la advertencia de que existía una política comunista determinada a acabar con la libertad de expresión y la libertad

provocaron la salida del PS y el PPD del gobierno, que consideraron que claudicar en estos asuntos supondría la renuncia a defender la libertad de expresión y, consecuentemente, la democracia.

Con su salida del gobierno provisional, se rompía la unidad de los partidos con el MFA, que hasta entonces había sido mantenida a toda costa por encima de las diferencias respecto a la orientación política. *Por primera vez, el MFA y el gobierno provisional se encontraban con un amplio frente opositor «anticomunista»*. Este incluía a los dos principales partidos, a las elites dictatoriales depuestas, a los militares conservadores y moderados y a la jerarquía de la iglesia católica, que desde enero de 1975 había comenzado a criticar algunas iniciativas políticas del gobierno y del MFA (Rezola, 1992). Muy pronto, además, incluiría a los perjudicados por la rapidísima descolonización: más de una centena de millar de colonos violentamente obligados a abandonar las colonias durante ese verano de 1975 y que, habiéndose visto despojados de sus inmuebles y enseres, protagonizaría algunas de las protestas anti-comunistas.

La coalición opositora se batía en dos frentes: la Asamblea Constituyente, utilizada como palco de denuncia del gobierno, y la calle, en una campaña de grandes manifestaciones por todo el país, en la que se dramatizaba el «rechazo popular» a la «falta de representatividad» del gobierno, a las decisiones del *Conselho da Revolução*, y al excesivo protagonismo del Partido Comunista en el gobierno o en los medios de comunicación.

El frente anticomunista promovió un inmenso ciclo de movilización popular y, al hacer coincidir tácticamente un espectro muy variado de actores, determinó una estructura de oportunidad política muy favorable para otro tipo de acciones colectivas anticomunistas, como las revueltas contra las comisiones

administrativas del MDP o del PCP que gestionaban interinamente los órganos político-administrativos y asociativos en muchas localidades, o la oleada de asaltos multitudinarios a las sedes de los partidos de izquierda.

Igualmente, la iglesia católica se movilizaba contra la «comunización» (*sic*) del gobierno y recurría también a la organización de manifestaciones para defender su derecho sobre *Radio Renascença* y afirmar el anticomunismo popular. La iglesia puso en funcionamiento toda su red de asociaciones para garantizar la coordinación y el transporte, logrando que sus convocatorias en Aveiro, Bragança, Braga, Guarda, Coimbra, Leiria y Vila Real sobrepasasen todo lo que allí se había visto anteriormente (incluyendo la manifestación del 1 de mayo de 1974). Estas manifestaciones recogían una predisposición a la movilización que ya se había hecho notar en la enorme peregrinación a Fátima de mayo de ese año, significativamente silenciada por la prensa radical de Lisboa. La mayor parte de esas manifestaciones, además, solían coronarse con el asalto de las sedes de los comunistas y los sindicatos.

Con estos asaltos, la violencia política, que, salvo por algunos boicots en mítines, había sido patrimonio de la extrema izquierda, pasaba a ser utilizada por el bando anticomunista y ocupó, durante varios meses, el escenario de la movilización social en el centro y norte de Portugal, regiones de marcado carácter rural, minifundista y católico (Palacios, 2002). Más de ochenta sedes del PCP, de sindicatos y de otros partidos de marcada vocación revolucionaria, fueron asediadas y asaltadas por grupos multitudinarios: otra cincuenta fue objeto de ataques con bombas, saqueos nocturnos e incendios provocados. En los asaltos se formaban muchedumbres que llegaron a juntar más de 3.000 personas, se produjeron tensos asedios de varias horas y enfrentamientos a tiros con militantes comunistas que

religiosa. Explícitamente, fue contra estas supuestas amenazas —y no contra la política socializante— que movilizaron a sus seguidores y recabaron apoyos internacionales.

Como en muchos otros casos puntuales en los que el gobierno provisional intentaba no granjearse enemigos, el propio primer ministro, Vasco Gonçalves, se comprometió a devolver los medios a sus propietarios, pero, en el *estado desintegrado* que estaban los aparatos de estado, las tropas enviadas a desalojar las instalaciones ocupadas se pusieron «de parte de los trabajadores» y fueron apoyadas por el COPCON, el centro coordinador de las misiones de orden público del ejército. En este cuartel general, por el contacto continuo con los movimientos sociales, progresivamente iban dominando las posiciones de la extrema izquierda.

pretendían resistir. Los asaltos victoriosos implicaban la toma de la sede y la defenestración de los documentos, de la propaganda y del mobiliario que contuviese. Para culminar la acción, se retiraba del mástil la bandera roja con la hoz y el martillo y, finalmente, se festejaba la hazaña mediante la quema salvífica de todo el material «comunista». Esta actividad estuvo acompañada por la formación de piquetes que vigilaban el tráfico de militantes comunistas y quemaban la prensa de la «comuna de Lisboa», en una densidad de actividades que dio lugar a la creación de «verdaderas zonas de poder reaccionario» (SDCI, 1975¹⁹) a las cuales el poder irradiado de Lisboa no conseguía llegar. Los militantes comunistas fueron expulsados de muchas localidades y de las islas atlánticas. En diciembre de 1975 el PCP sólo tenía funcionando, en el Norte, una de cada cuatro de las sedes abiertas hasta enero²⁰. La persecución fue tan eficaz que, pasado ese caliente verano, el gobernador civil de Braganza comentaba que «no [sabía] como contactar con el PCP, creo que ha pasado a la clandestinidad» (*Mensagem de Bragança*, 12-X-1975).

La violencia anticomunista iba borrando del mapa las sedes del partido en el centro y norte del país, y el MFA radical sabía que sólo podría defenderlas implantando una costosa

represión sobre el terreno que, a falta de medios policiales antidisturbios (Palacios, 2002)²¹ habría de significar el uso de armas de fuego. Al exigir ese tipo de actuaciones a los regimientos dispersos por las provincias, éstos se vieron obligados a optar entre actuar represiva e impopularmente o confraternizar con las masas movilizadas, que se manifestaban a las puertas de los cuarteles aclamando a los «soldados del pueblo». Poco a poco, el MFA radical veía cómo se incumplían sus órdenes y los cuarteles de provincias se iban desolidarizando con ellos e integrándose en la coalición opositora²².

Como el resto de los grandes procesos de movilización, la anticomunista presentó lo que Dobry denomina «características dispersas» (1986). Aunque se pueda reconstruir una coherencia de su sentido (que por comodidad, simplificamos como «anticomunista») y tener en cuenta su eficacia en la interacción estratégica, esa reconstrucción, como la lucha por imponer un sentido u otro a la interpretación de los acontecimientos, forman parte de las estrategias de los actores que participan en el proceso. Con seguridad, muchas de las movilizaciones dispersas por localidades y sectores, en parroquias, empresas, sindicatos, etc., que sumaron voces y recursos simbólicos contra los gobiernos de Vasco Gonçalves y sus

¹⁹ El SDCI fue el servicio de inteligencia militar del MFA, controlado por la facción radical del movimiento, y elaboraba un informe semanal de la situación política y militar.

²⁰ La apertura de centros de trabajo del PCP durante 1974 y su drástica disminución en 1975 puede seguirse a través de los números de *O Militante*, el periódico de organización del PCP.

²¹ La policía antidisturbios, muy connotada en la represión de la dictadura, fue disuelta en la primera ola de depuración de responsabilidades políticas. La ausencia de un cuerpo especializado en la represión con medios no mortíferos (bastones, botes de humo, mangueras, pelotas de goma, etc.) y la atribución de las funciones de orden público a las fuerzas armadas aumentaron el coste de cualquier acción represiva (podía acarrear muertos con facilidad). Por otra parte, los soldados pocas veces estaban dispuestos a abrir fuego, por lo que la disuasión apenas funcionaba. Como hemos analizado en otro lugar (Palacios, 2002), esta ausencia de disuasión fue la oportunidad fundamental para la radicalización de los movimientos sociales, incluido el anticomunista.

²² El proceso de politización de los cuarteles es muy significativo. Hay que tener en cuenta que, desde que el MFA dió el golpe de estado, en cada provincia los cuarteles se convirtieron en el referente político de las elites locales, los partidos y los sindicatos, por lo que todas las medidas para gestionar la transición: depurar a las autoridades de la dictadura, organizar el nuevo censo, e, incluso, conseguir la aprobación administrativa de un sindicato o una huelga, pasaban por el contacto directo de la sociedad civil con el cuartel. Se produjo un claro contagio del ambiente y, si al principio parecía que todos los cuarteles simpatizaban con el MFA, al polarizarse el proceso, los cuarteles acabaron mimetizando su posición política con la de la movilización social dominante en su zona de influencia. La marina, con sede en el estuario industrial del Tajo y los cuarteles urbanos de Lisboa, Oporto y la zona latifundaria, se destacaron por su radicalidad. Los de las zonas conservadoras, por su protagonismo anticomunista. Las unidades que, por procesos internos, escaparon a ese contagio: el Regimiento de Infantería de Vila Real y el de Comandos de Amadora (uno en cada bando) tuvieron por ello un protagonismo muy especial en el proceso (para el R.I de Vila Real v. Palacios, 2002).

aliados civiles y militares, sólo pueden ser explicadas si se atiende a conflictos locales⁴³. Eso no invalida los efectos que, en la arena política nacional, tuviese la sobreinterpretación de los acontecimientos locales, como «peligrosas maniobras de la reacción» denunciadas por unos o las «sanas revueltas populares contra los comportamientos antidemocráticos» saludadas por los otros.

Simultáneamente, en Lisboa y en las zonas de latifundio crecían y se desarrollaban las movilizaciones a favor de la Reforma Agraria, las nacionalizaciones y el avance hacia el socialismo y la «democracia popular». Estas movilizaciones, junto con otras puramente plebiscitarias, servían de referente a las iniciativas del IV.º y V.º gobiernos provisionales y a los partidos de izquierda revolucionaria que intentaban encuadrarlas, pero también alimentaban una imagen de desorden, ataque a la propiedad privada e inseguridad que era esgrimida a favor de una vuelta al orden y un control de las «minorías subversivas».

Ruptura del MFA y cortejo selectivo de masas

Tras la primera campaña de movilizaciones dirigida a mostrar la pérdida de apoyo del MFA (se voceaba «*o povo não está com o MFA!*»), el movimiento se rompía públicamente. El 7 de agosto era divulgado un documento crítico, el *Documento dos Nove*, redactado por los moderados del movimiento e, inmediatamente, el PS lanzaba una campaña de manifestaciones multitudinarias en la que cortejaba y alababa a los comandantes de las Regiones Militares Centro (Coimbra) y Sur (Évora) — ambas comandadas por oficiales que habían firmado el manifiesto— y, por todo el país, a las unidades militares que lo habían apoyado públicamente. Mediante estas manifestaciones «los socialistas materializaban su alianza con *Os Nove*» (*Portugal Socialista*, 20-VIII-75). Una vez aseguradas esas posiciones y comprobada la división de los militares, la contestación se especializaba. La nueva oleada de manifestaciones «anticomunistas» atacaba concretamente a las fi-

guras del primer ministro y, en las ciudades de la Región Militar Norte, la del Brigadier Corvacho, su comandante *radical*.

En contestación, el PCP organizaba otras manifestaciones «contra la reacción» y en apoyo de Vasco Gonçalves y a Corvacho, logrando igualar el poder de convocatoria del PS en la Gran Lisboa y en el sur, pero no en el centro y norte del país. Además, el PCP se arriesgó en un intento de repetir contra el PS las contra-manifestaciones y los piquetes ensayados contra Spínola, denunciando la gran manifestación socialista en Lisboa como una «marcha» que encubriría movimientos golpistas. Errando en el cálculo, esta vez el PCP no encontraba ni el apoyo macizo del MFA —ya abiertamente dividido— ni tampoco, sobre todo en Oporto, la respuesta entusiasta de sus bases, que, si bien no podemos saber qué pensaban sobre la legitimidad del desafío, sí parece que reconocían la consistencia de la matriz de retribuciones adversa (Schelling, 1960) expresada en las intimidaciones y los episodios de violencia popular reaccionaria. Los pocos retenes y barricadas que se montaron carecían de apoyo militar, por lo que hubieron de desbandarse ante la determinación de los manifestantes que, por decenas de millar, llenaron las calles de Lisboa y Oporto. Unos días después, la propia dirección del PCP habría de reconocer que, pese a las intenciones del brigadier Corvacho, las unidades militares de las Regiones Militares Norte y Centro no sólo no le eran favorables, sino que no estaban dispuestas a garantizar la seguridad de sus mítines. Tras los durísimos enfrentamientos de Alcobaça con los contra-manifestantes anticomunistas (16-VIII-75), el PCP, indefenso, tuvo que cancelar el previsto para 20 de agosto en la propia ciudad de Oporto (*Jornal Novo*, 20-VIII-75).

En este largo verano de 1975, la competición de manifestaciones y contra-manifestaciones, usadas como jugadas simbólicas ante los poderes político-militares, encontró un tercer contendiente, que, aunque lo hemos englobado en la coalición radical, presentaba características propias: el proyecto de aglutinar

⁴³ Para una revisión de las monografías que analizan la articulación entre conflictos en arenas locales y nacionales y un intento de teorizarlo, ver Kalyvas (2000).

a las organizaciones unitarias de base (comisiones de moradores, comisiones de trabajadores, etc) como órganos de «Poder Popular» y el esfuerzo de las organizaciones creadas por la extrema izquierda para evitar la reintegración institucional de las Fuerzas Armadas mediante la indisciplina en los cuarteles, para que nadie pudiese ejercer la represión o transformar a Portugal, como se decía, en «el Chile de Europa». Este proceso, como el de la «resistencia anticomunista», albergaba la complejidad propia de toda movilización acenrada, con apuestas diversas en cada sector movilizado y cada núcleo partidario⁴¹.

Las manifestaciones políticas se convirtieron en una práctica cotidiana y, aunque los resultados electorales aún fuesen recientes, pronto se transformaron en el referente de todos los partidos políticos. Hasta el CDS, que desde su aislamiento como partido más a la derecha del arco político y el más castigado por las contramanifestaciones de la extrema izquierda, había sido el más ferviente defensor de los procedimientos formales, se sumó al «*only game in town*». Así, el general y diputado Galvão de Melo podía afirmar que «el pueblo dijo, en las urnas de Fátima, el día 13 de Mayo, por medio de sus 700.000 representantes, pues tantos eran los peregrinos, que quería seguir siendo cristiano» (subrayado nuestro) (Melo, 1976 p.137) o, en un comunicado, proclamar que un militar «radical» (Corvacho) «había perdido el apoyo del pueblo (...) como lo prueba la falta de participación en dos manifestaciones unitarias convocadas para exigir su regreso» (*Comércio do Porto*, 28-VIII-75).

El masivo éxito de las manifestaciones organizadas por el PS, por los partidos a su derecha y por el patriarcado eclesiástico, tuvo un peso determinan-

te en la conformación de la interpretación del resultado electoral como rechazo por parte de amplios estratos de la población a la senda antiliberal entendida por los gobiernos del general Vasco Gonçalves, desfundando la interpretación de que el voto había apostado por su definición de «socialismo» y la suposición de que las bases del PS no aceptaban las «posiciones derechistas» de su cúpula. Además, con la oleada de asaltos, incendios, contestación de cargos públicos, expulsiones y apaleamientos se creó un nuevo escenario en el cual, para gobernar y mantener el orden público, el gobierno de Vasco Gonçalves debería poner en marcha un fuerte dispositivo represivo, lo que, además de políticamente costoso, parecía muy difícil en el estado fluido en el que se encontraban las propiedades organizativas de las fuerzas armadas⁴². Al menos, así lo fueron entendiendo cada vez más militares del MFA, que, expresando su «falta de vocación para la represión», como dijo el general Costa Comes (entonces Presidente de la República), acabaron por retirar su confianza a Vasco Gonçalves en la Asamblea del MFA. Ante todo, la movilización anticomunista consiguió quebrar la espiral de silencio y el sistema de estigmas «antifascista» que mantenía inactivos a los ciudadanos y militares que preferían una salida poliárquica antes que una democrático-popular. Los partidos y organizaciones de la coalición anticomunista lograron así que las mayorías inorgánicas dejasen de ser dominadas por la minoría organizada. Una jugada de confrontación política, el tomar las calles, permitió dotar de liquidez (o convertibilidad) a otro recurso, la victoria en las elecciones constituyentes por parte de partidos moderados, que, con la formación del VI.º GP, pudo ser transformado en posiciones gubernativas dominantes.

⁴¹ Audrie Wise, entonces parlamentaria laborista británica, estuvo presente en las manifestaciones del PS y del proyecto de «poder popular» en la Lisboa de agosto de 1975. Nos parece significativo destacar algunos comentarios de su informe, que recogen la admiración por la movilización de las clases populares que caracterizó al masivo turismo revolucionario de ese verano: «En Portugal, la clase social es algo mucho más fácil de observar que en Gran Bretaña. Sin embargo, incluso en Gran Bretaña, esta habría sido una multitud sorprendente de ver (la de la manifestación del PS) en una manifestación de trabajadores o sindicalistas (...) (resultaban ser gente visiblemente muy próspera. ...) (En cambio, (la manifestación del 20 de agosto (la del Poder Popular) fue la manifestación más maravillosa en la que jamás haya participado (...) gente humilde, los soldados con menos aire militar que se puedan imaginar y, sorprendentemente, un gran número de mujeres» (Wise, 1975).

⁴² Sobre las propiedades organizativas que hacen de un cuerpo policial o militar un instrumento disponible para la represión, ver Chorley (1943) y Traugott (1985). Sobre la fluidez de esas propiedades y su desobjetivación en periodos de crisis política remitimos a Dobry (1986).

Consolidación plebiscitaria del poder gubernativo

Sin embargo, la victoria conseguida con este primer duelo de manifestaciones (julio-agosto de 1975) no era aún definitiva. Con la sustitución de Vasco Gonçalves por el almirante Pinheiro de Azevedo, los partidos moderados lograban copar el VI.º Gobierno y el Consejo de la Revolución. Pero, pese a la clara representatividad electoral de este gobierno, se encontraron con que, una vez desalojado Vasco Gonçalves, crecía una contestación en la calle que acusaba al gobierno de reaccionario y en la que el PCP ya no parecía controlar las riendas. Esta nueva campaña de movilización y desestabilización era coordinada por la extrema izquierda y por el COPCON, con el apoyo de muchas organizaciones unitarias de base —comisiones de vecinos y de trabajadores, algunas unidades militares, una organización clandestina de soldados (los SUV, *Soldados Unidos Vencerán*) y buena parte de la prensa de la «comuna de Lisboa». El PCP, oficialmente, participaba con un ministro en el gobierno, pero, al tiempo, dejaba que sus estructuras de base, los sindicatos que controlaba y sus aliados militares participasen en la contestación al mismo. Además, el *estado desintegrado* en el que estaban los subsistemas militar y policial dejaban sin autoridad al gobierno. El Estado portugués seguía sin resolver su «dilema de acción colectiva», con lo que el poder formal no significaba capacidad para llevar adelante una política o ejecutar una decisión, sino que implicaba una costosa negociación con variados poderes fácticos en un escenario

de incertidumbre²⁶. Para gobernar, el VI.º gobierno tendría que luchar por la consolidación de su poder; para hacerlo, también recurrió a la movilización social.

Las primeras medidas polémicas de Pinheiro de Azevedo en pos de la gobernabilidad, como la ocupación militar de las radios para expulsar a los periodistas que apoyaban y promovían las campañas de la extrema izquierda²⁷ (28-IX-1975), mostraron el desamparo en que le dejaba la persistencia del estado fluido de la coordinación estatal. Las tropas enviadas a muchas emisoras acabaron solidarizándose con los profesionales a los que debían impedir trabajar. Como era moneda corriente, este intento del gobierno provocó multitudinarias y encontradas manifestaciones; en las suyas, las bases del PS y el PPD aplaudían el intento del gobierno; por su parte, las de la extrema izquierda denunciaban un intento de autogolpe de Pinheiro de Azevedo y aplaudían a los soldados por haberlo abortado.

Tras este episodio, el PS y el PPD comenzaban una nueva campaña plebiscitaria de masas destinada a fortalecer la autoridad del gobierno. Un nuevo grito coreado a miles de voces, «¡Disciplina, disciplina!», dominaría sus sucesivas manifestaciones. Mientras tanto, frente a las pretensiones del PCP de llegar a un nuevo pacto con el PS y excluir al PPD del gobierno, éste reaccionaba alardeando de su gran capacidad de movilización en la calle, señalando que el éxito de sus convocatorias «dejaba bien claro que sin el PPD no se puede construir un Portugal nuevo» (*Povo Livre*, 1-X-75). Unos días después, tras difundirse el rumor de un golpe militar de la extrema izquierda²⁸, el PS y el PPD ensayaron la

²⁶ Como ejemplo muy explícito, entre decenas, señalaremos la satisfacción con la que el primer ministro relata al *Conselho da Revolução* que los «camaradas de la Policía Militar», que anteriormente se habían negado a liberarle del «secuestro» reivindicativo al que le había sometido una manifestación de la Asociación de Deficientes de las Fuerzas Armadas, le habían «prometido que ejercerían toda su influencia para desmovilizar las acciones (de la ADFA) siempre que el Consejo de Ministros aprobase rápidamente un decreto satisfaciendo algunas de las reivindicaciones más justas y urgentes» (cursiva nuestra). A continuación anunciaba que el decreto estaba siendo elaborado (ACR, Actas, Vol 1, 02 Oct. 1975).

²⁷ Al nacionalizarse la banca y los grandes grupos industriales, la mayor parte de la prensa pasó a depender del Estado, lo que, en el contexto de radicalización, dio gran libertad a los periodistas para imponer sus criterios informativos. Mario Soares, líder del partido más votado, se quejaba —y hay muchas pruebas de que era cierto de que sus declaraciones recibían menos eco que las de cualquier asociación de vecinos de un barrio.

²⁸ El rumor parece fundado en una reunión real entre militares y dirigentes de la extrema izquierda. Según Carlos Antunes (entrevista del autor), algunos Policías Militares plantearon la posibilidad del golpe, pero fue desechada en beneficio de continuar con el proceso de desarticulación de las unidades enemigas a través de las or-

movilización de sus bases para bloquear carreteras «colaborando con la policía en una operación *stop*» (*Portugal Socialista* 3-10-75)⁷⁹.

Como se refleja en el gráfico, si se sigue la curva de las manifestaciones «radicales», se observa que durante octubre y noviembre se sucedieron en *crescendo* las movilizaciones de los soldados radicalizados y de los bases militantes del Poder Popular, que pedían la disolución de la Asamblea Constituyente, la dimisión del VI.º gobierno provisional y la instauración de un «verdadero gobierno popular y revolucionario». En estas manifestaciones, se vitoreaba a los consejos de obreros y soldados que se habían formado en algunos barrios y ciudades de la cintura industrial de Lisboa, además, en ocasiones, hacían aparición los «oficiales revolucionarios», que proclamaban su compromiso con los movilizados.

Frente a esta campaña, los dos partidos mayoritarios consiguieron el respaldo de sus seguidores en una nueva serie de enormes manifestaciones plebiscitarias con las que arropar al VI.º gobierno provisional. Como ya lo había intentado Spínola, Pinheiro de Azevedo visitó numerosas capitales de distrito «siguiendo una saludable política de establecer contacto directo con las poblaciones de varios puntos del país, para comprender su verdadero sentir (...) y (como) en Oporto, el Primer Ministro fue recibido con una apoteósica manifestación, Faro (...) no quiso quedarse atrás (...) en la más numerosa y calurosa manifestación política jamás realizada (...)» (*Correio do Sul* 13-X-75). La apuesta plebiscitaria del gobierno era tan clara, que comunicaba oficialmente que «Las recientes manifestaciones de apoyo popular al programa político del VI.º Gobierno, además de confirmar que estamos en el camino cierto, a pesar de la preocupación de los órganos de comunicación por reducir su significado como movimiento de masas, constituyen una señal evidente y positiva de que el

país confía en su gobierno y suscribe su preocupación por reponer el clima de autoridad y disciplina» (*Jornal Novo* 10-X-75). De hecho, a partir de octubre, las fotos de multitudes movilizadas pasaron a dominar las portadas de los órganos informativos del PS y el PPD, que recurrían al simbolismo de estas inmensas masas en movimiento como el referente de su legitimidad. La apuesta por la escenificación de masas era tal que, olvidando la legitimidad electoral, tras la gran manifestación de Oporto, el *Portugal Socialista* ocupaba toda su primera página con la foto de la multitud, a la que utilizaba de referente para titular «El VI.º representa la voluntad popular».

En cada región, frente a cada cuartel, se sucedían manifestaciones que proclamaban la «unidad popular» en torno a un proyecto u otro. El PS reincidía en movilizar a sus bases para mostrar el respaldo popular a los comandantes de las Regiones Militares del Norte, Centro y Sur (el conservador Pires Veloso había sustituido a Corvacho en el norte, pero en la de Lisboa seguía Oteló Saraiva de Carvalho, el referente militar de la extrema izquierda). Por su parte, el PPD se sumaba a las iniciativas del PS y, además, apostaba por el cortejo sistemático «de masas» a las unidades militares que consideraba afectas. En primer lugar, y casi en cada población del norte con unidades militares, organizaba un mitin en el que la multitud aclamaba una resolución. En este comunicado se expresaba la confianza en el compromiso de la unidad con los valores patrióticos y la voluntad del pueblo. Así, por ejemplo, en Viana do Castelo, el comunicado del 13 de octubre decía a los militares del BC9 que «el pueblo del alto Miño (...) os apoya, como valientes (...) defensores de la democracia (...) garantes del orden escogido por el pueblo (...). Harto de esta anarquía (...) el pueblo confía en vosotros y está decidido, si fuese necesario, a juntarse a vosotros, codo con codo, en

organizaciones de soldados (los SUV) y ahondar en la imposibilitación de la gobernabilidad, considerando que así se lograría incorporar paulatinamente mayores bases populares en su proyecto y cimentar contrapoderes sociales por medio de las organizaciones unitarias de base.

⁷⁹ Por su parte, el PPD de Viana do Castelo comunicaba que: «el uno de octubre, cuando llegaron noticias del intento de golpe de estado (...) la comisión distrital del PPD movilizó a todos los militantes (...) En todos los municipios y parroquias, ya en vigilancia discreta o en permanente estado de alerta, se preparaban para defender la revolución del 25 de Abril, su programa y el VI.º gobierno provisional (...) contra los grupúsculos totalitarios y antidemocráticos (...).

la lucha por la libertad responsable(...)». Después, la multitud desfilaba por las calles de la ciudad hasta llegar a las puertas del cuartel. Allí, el comandante recibía a la comisión organizadora y, finalmente, ésta salía para comunicar a la multitud la buena recepción de su comunicado.

Con este comportamiento, se creaban complicidades y se reducía la incertidumbre de los compromisos, en un proceso de integración política que podría ser fundamental en la eventualidad de un nuevo episodio crítico o, incluso, de una hipotética guerra civil. En ocasiones, este cortejo del PPD también entregaba mociones de compromiso mutuo en las comisarías de policía. Además, el PPD organizaba otras manifestaciones como «sanción popular negativa» contra las actitudes de aquellas unidades que no se correspondían con sus expectativas, pidiendo su desmovilización. Ese era el objetivo de la manifestación contra los militares «progresistas» del RASP (Regimiento de Artillería de Oporto), quienes, según el órgano del PPD, «no pasa(ban) de vulgares marginales, de la escoria que huye del trabajo como el diablo de la cruz (...) de la canalla que existe en una ciudad que se siente emporcada por la convivencia con semejantes animalejos».

Por su parte, la dirección de las organizaciones populares de base, no sin divisiones por las diferentes sensibilidades partidarias, también cortejaba a las unidades con las que había trabajado más estrechamente, haciéndolo mediante manifestaciones y fiestas de homenaje en las que se sellaba el compromiso de apoyo mutuo. El RALIS (Artillería de Lisboa) y la Policía Militar fueron sucesivamente saludados por trabajadores industriales y agrícolas, que organizaron una marcha desde el Alentejo. A su vez, los «revolucionarios de la marina» recibieron un homenaje de masas convocado por las asociaciones de vecinos, las comisiones de trabajadores y los municipios del margen sur del Tajo, junto a la principal base naval. En Amadora (cintura industrial de Lisboa), el potente y polémico Regimiento de Comandos fue homenajeado por manifestantes convocados por el PS, mientras que el movimiento vecinal de la zona se manifestaba unos días después pidiendo su disolución.

Las manifestaciones de uno y otro signo mostraron la inmensa capacidad de movilización de ambos campos políticos y obligaron a los actores presentes en el terreno, en especial a las unidades militares, a tomar posición a favor de unos o de otros. Era tan importante saber quién movilizaba, cuánto y para qué, que la inteligencia militar sistematizaba los datos para evaluar la fuerza de cada proyecto político (ACR-ANTT, correspondencia, vol. 12).

Cuando se desencadenó el proceso golpista del 25 de noviembre de 1975, que devolvió al «estado sólido» las estructuras del Estado (Palacios 2001), la correlación de fuerzas estaba claramente definida y los militares radicales de Lisboa, aunque supiesen que podían tomar militarmente la capital, conocían la tenacidad de la movilización de quienes se les oponían, que el control de la capital no significaría capacidad de gobernar en el resto del país y que eso podía llevar a una guerra civil. El último asalto del duelo de manifestaciones había demostrado de nuevo que a las multitudes comprometidas y movilizadas a favor del «poder popular» y el «socialismo» se le enfrentaban otras multitudes igualmente determinadas a impedirlo.

Escalada del conflicto y eficacia de las manifestaciones

La eficacia de las manifestaciones anticomunistas no provino sólo del número, sino de su inserción en un proceso de escalada de la confrontación. No se puede establecer un vínculo directo entre el éxito a la hora de movilizar y la eficacia de las manifestaciones. En muchas ocasiones, ante una oleada de huelgas o manifestaciones, los interpelados pueden, simplemente, ignorar a los movilizadores y, como se dice vulgarmente, «dejar que la situación se pudra». Por ello, las movilizaciones políticas, para ser eficaces, deben incardinarse en una amenaza de escalada. La amenaza de escalada es, ante todo, una jugada (move), consistente en el compromiso con acciones futuras más amplias y más graves, que se basa en la demostración de la presente capacidad de movilización. Sin la perspectiva de una escalada, o sin elementos que señalen la credibilidad de la misma, las movili-

zaciones multitudinarias pierden su eficacia táctica³⁰.

Durante el verano y el otoño de 1975, la escenografía de las manifestaciones se incardinaba con una amenaza muy clara: la guerra civil. La inminencia de una guerra civil era frecuentemente recordada por los actores y, además, parecía tomar fuerza con los procesos de territorialización norte-sur de las movilizaciones y, muy especialmente, en las escenas de violencia colectiva. Ejemplificando con algunas de las muchas intervenciones públicas que conformaron la amenaza de una escalada, señalaremos que, desde el mes de mayo, el PS había afirmado en el *Conselho da Revolução* que estaba dispuesto a usar su capacidad de movilización como fuerza de choque³¹; en septiembre, Emídio Guerreiro, del PPD, había «anunciado» que disponían de 50.000 hombres armados y, en noviembre, Freiras de Amaral (secretario general del CDS) afirmaba en sus mítines que «el PC quiere dominar el país para entregarlo a la URSS, tenemos que mantenernos vigilantes porque puede que dentro de poco seamos llamados a decir algo más (...) y tengamos que defender en la calle aquello que en la calle nos quieren quitar» (*Mensageiro de Bragança*, 21-XI-75). Con estos componentes, y «evaluando la lucha armada», un periódico católico analizaba así la «geopolítica de la nación» (*sic*): «en el norte, poblaciones patrióticas, religiosas y antiimperialistas unidas a sus militares y ardientes de combatividad (...) en el sur, proletarios desenraizados, de obediencia moscovita con vagas uniones a militares anarquizados (...) el norte es decidido y su población numerosa (...) su espíritu será el de una Cruzada (además(el norte es grande, comienza en Rio Maior (...), el sur ni siquiera llega al Algarve (...)) unámonos en una oración: que Dios ayude a los mejores, que Dios nos ayude» (*Mensageiro de Bragança*, X-1975). *La credibilidad de la amenaza, la de-*

mostración de que se trataba de algo más que de simples palabras, venía respaldada por las imágenes de las multitudes en la calle afirmando su rechazo al PCP y al MFA radical. Y, teniendo en cuenta que en las interacciones estratégicas «patterns of action speak louder than voice» (Schelling, 1960), se puede afirmar que sin éstas, las proclamas y amenazas no significarían nada.

Conclusiones

Las manifestaciones fueron fundamentales durante todo el proceso político. Al principio, porque los movilizados eran la única fuente de referentes sobre las preferencias de la población. Después, porque escenificaron compromisos irreductibles con opciones políticas y señalaron a las minorías organizadas que no podrían avanzar sin contar con la anuencia del resto de la población. *Estas movilizaciones mostraron que los números electorales no representaban a una mayoría apática como la que «dejó hacer» al régimen autoritario, sino que estaban acompañados de determinación y compromiso.*

Por otra parte, no se puede considerar que esas movilizaciones fuesen «autónomas», pues respondían a convocatorias de unos u otros grupos organizados. Las elites funcionaron como coordinadoras y reinterpretadoras de expectativas, y en última instancia, como representantes de los movilizados. Eso no retira valor al papel de las movilizaciones como forma de confrontación política y recurso en la interacción estratégica, al contrario. Además, hace resaltar el carácter determinado de la articulación entre elites, organizaciones y no-elites.

La violencia política, a su vez, además de su instrumentalidad local, tuvo dos funciones importantes. La primera, simbolizar la firmeza del rechazo al radicalismo de los gobiernos provisionales. La segunda, obligar a las unidades

³⁰ Esto sucedió, entre 1976 y 1985, con la continua movilización en el Alentejo en defensa de la Reforma Agraria. Otros episodios clásicos de movilizaciones sin escalada que se desvanecen por sí mismas se encuentran en las huelgas revolucionarias del Norte de Italia en 1920, en la huelga general inglesa de 1926 o en las protestas obreras de Petrogrado contra los Bolcheviques en enero y febrero de 1918.

³¹ Así, Soares afirmaría que «no tenemos miedo de resolver el problema de nuestra integridad, somos más, nos organizamos y lanzamos expediciones de castigo» y Zenha que «si se acepta la constitución de milicias armadas en Portugal, nosotros constituiremos la nuestra» (ACR-ANTT actas, vol. 1, 23 de mayo).

militares de provincias a implicarse en el proceso político, ya fuese obedeciendo a las consignas de defensa del orden público, o ya desolidarizándose con el gobierno y el MFA radical.

Eso sí, a pesar del destacado papel que atribuimos a las movilizaciones, hay que retener que los militares fueron quienes resolvieron la crisis político-militar final, la del 25 de noviembre de 1975. Sin embargo, su actuación sólo puede ser explicada si se atiende a los procesos de intercambio de reconocimiento con las poblaciones que les rodeaban y con la clarificación del volumen y la determinación de los respectivos apoyos, volumen y determinación que se manifestaron en las movilizaciones. Hasta muy tardíamente, la mayor parte de las unidades militares no se comprometieron con ninguna facción, valorando más la unidad de las fuerzas armadas que su orientación política. Esto explica la capacidad del MFA radical, siempre minoritario pero bien organizado, para liderar las crisis golpistas del 28 de septiembre de 1974 y el 11 de marzo de 1975. Las unidades no comprometidas se sumaban al bando ganador. La activación política y operacional de esas unidades entre abril y septiembre de 1975 se explica, en gran medida, por la movilización política que se generó en su entorno. La movilización rompió la espiral de silencio del sistema de estigmas antifascista, selló alianzas y dio vida a un nuevo referente de legitimidad inmediato.

Podemos acabar preguntándonos cómo fue posible semejante movilización o, en otras palabras, porqué las no-elites que habían «dejado hacer» al *Estado Novo* se arriesgaron para prevenir lo que se denunciaba como una nueva dictadura. Aunque esto nos llevaría a otra investigación que aún está por hacer, se pueden adelantar dos hipótesis. En primer lugar, podemos recurrir a la *prospect theory* (Snow et alii., 1998), según la cual los individuos perciben más marcadamente las desutilidades de las pérdidas que las utilidades de las ganancias. Además, como analiza Oberschall (2000), los escenarios de incertidumbre fomentan la identificación de amenazas y hacen disminuir el

umbral de riesgo que las personas están dispuestas a asumir. Aceptando estas premisas, es fácil reconocer los elementos de disrupción de la vida cotidiana que, identificándose con el avance de la revolución, provocaron el temor de mucha gente políticamente apática. En el plano material: la crisis económica agravada por la fuga de capitales y capitalistas, el desabastecimiento urbano de algunos productos básicos, la paulatina aparición de un mercado negro, la inseguridad de los ahorros de los emigrantes, la amenaza de que la Reforma Agraria afectase a la pequeña propiedad, etc. En el plano simbólico, la persecución religiosa, que, si bien no se verificó, parecía anunciada con la crisis de *Radio Renascença* y la denuncia de manipulación de voluntades con la que se atacaba a los «curas reaccionarios» en las campañas de «*dinamização cultural*» del MFA³².

En segundo lugar, se puede reconocer que los riesgos asociados a la movilización a favor de una democracia poliárquica eran mucho menores durante el Proceso Revolucionario —en el que toda acción policial represiva estaba estigmatizada como propia de la dictadura anterior— que durante el *Estado Novo*. Además, la movilización presentaba notables posibilidades de éxito. Como señala Przeworski (1986), por muy impopular que sea un régimen, una movilización para sustituirlo sólo prenderá masivamente si existe una alternativa que se muestre materialmente viable. En 1975, después de la experiencia gubernativa de los partidos y las elecciones constituyentes, la democracia poliárquica era una alternativa real.

Si las únicas masas movilizadas hubiesen sido los sectores radicalizados del movimiento obrero, los proletarios rurales alentejanos o el movimiento vecinal, que apoyaron masivamente las opciones socializantes de los Gobiernos provisionales (del III.º al V.º) y de los radicales del MFA, gritando incluso por la «disolución de la Asamblea Constituyente», se podría imaginar una salida diferente a la crisis política. Sin movilización popular reactiva, y en el contexto de agitación e incertidumbre del periodo, el alineamiento de las elites no comunistas en un proyecto de democracia po-

³² A partir de febrero de 1975 comenzaron a abundar los artículos en la prensa regional católica en los que se trataba de la situación del catolicismo en Polonia, presentando ese caso como un escenario posible para Portugal si se avanzaba hacia el socialismo. Sobre la *dinamização* ver la nota n.º 17.

liárquica hubiese carecido de referente de fuerza y legitimidad.

Archivos

ACR: Archivo del *Conselho da Revolução*. *Arquivos Nacionais da Torre do Tombo*, Lisboa.

ADVR: Archivo Distrital de Vila Real.

ADVC: Archivo Distrital de Viana do Castelo.

AMAI: Archivo del *Ministério da Administração Interna*.

AHS-ICS: Archivo de Historia Social, *Instituto de Ciências Sociais*, Universidad de Lisboa.

A Voz de Trás-os-Montes, Vila Real.

Avante! (PCP), Lisboa.

Comércio do Porto, Oporto.

Correio do Ribatejo, Santarém.

Diário de Notícias, Lisboa.

Diário do Minho, Braga.

Jornal da Marinha Grande, Marinha Grande.

Jornal Novo, Lisboa.

Mensageiro de Bragança, Bragança.

Militante (O) (PCP), Lisboa.

Noticias de Chaves, Chaves.

O Algarve, Faro.

O Cávado, Braga.

O Povo do Lima, Ponte de Lima.

O Vianense, Viana do Castelo.

O Vilarcalense, Vila Real.

Policia Portuguesa (PSP), Lisboa.

Portugal Socialista (PS), Lisboa.

Povo Livre (PSD), Lisboa.

Prensa consultada, 1974-1976

A Aurora do Lima, Viana do Castelo.

A Roda do Leme, Ponte de Lima.

Bibliografía

ABREU, P. de (1984): *Do 25 de Abril ao 25 de Novembro. Memória do tempo perdido*. Intervenção, Lisboa.

ABRIL EM MAIO. (2001): «Maio'74 dia-a-dia. Tudo o que foi notícia em seus jornais diários». Abril em Maio/Editorial Teorema, Lisboa.

ADELL, R. (1992): «El estudio de los movimientos sociales a través de sus manifestaciones». Ponencia al *IV Congreso de Sociología*. FES, Madrid.

ALMADA, T. (s.d.): *Diário da Reforma Agrária*. Europa-América, Lisboa.

ALMEIDA, D. de (1978): *Ascensão, apogeu e queda do Movimento das Forças Armadas*. 2 vol. Edición del autor, Lisboa.

AMARAL, D.F. do (1995): *O Antigo regime e a revolução*. Circulo de Leitores, Lisboa.

AVANTE! (1978): *Dossier Terrorismo*. Edições Avante!, Lisboa.

BANEGAS, R. (1993): «Les transitions démocratiques: mobilisations collectives et fluidité politique» *Cultures et conflits*. 12, 1993.

BARRETO, A. (1987): *Anatomia de uma revolução: a reforma agrária em Portugal, 1974-1976*. Publicações Europa América, Lisboa.

BERMEO, N.G. (1986): *The Revolution Within the Revolution. Workers Control in Rural Portugal*. Princeton: Princeton Univ. Press.

BERMEO, N.G. (1997): *The Power of the People*. Fundación Juan March, Estudios/Working Paper 1997/97. Madrid.

BREFFELL, C.B. (1984): «Emigration and Its Implications for the Revolution in Northern Portugal», en Granham et alii. (1984).

BRINCA, P., y BAIJA, F. (2000): *Memórias da Revolução no distrito de Setúbal* Setúbal na Rede. Setúbal.

BRUNEAU, T. (1995): «From revolution to democracy in Portugal: the role and stages of provisional governments». En Linz & Shain (eds).

CABRAL, M.V. (1978): *Sans illusions ni préjugés, mouvement autogestionnaire au Portugal depuis 1974*. Proceedings, 3rd international colloquium, inter university center of European Studies, Montreal.

— (1983): «A «Segunda República» portuguesa numa perspectiva histórica». En *Análise Social*, vol. XIX (75), 1983-1.º, pp. 137-142. Lisboa.

CFERP [Cristãos Em Reflexão Permanente] (1977): *Perguntas à nossa Igreja. Igreja e política do 25 de Abril ao 25 de Novembro*. Ulmeiro, Lisboa.

- CHORLEY, K. (1943): *Armies and the Art of Revolution*. Faber and Faber, Londres.
- COELHO, J. N. (1980): *Factores explicativos do comportamento político da população portuguesa. Análise regional*. IED, caderno 1, Lisboa.
- CORREIA, R. et alii (1976): *MFA. dinamização cultural e acção cívica*. Ulmeiro, Lisboa.
- CROZIER, M., y FRIEDBERG, E. (1972): *L'Acteur et le système*. Seuil, Paris.
- CRUZ, R. (2000): «El derecho a reclamar derechos. Acción colectiva y ciudadanía democrática». En Pérez Ledesma (comp.): *Ciudadanía y democracia*. Pablo Iglesias, Madrid.
- CUNHAL, Á. (1976): *A revolução portuguesa. o passado e o futuro*. Ed. Avante!, Lisboa.
- DAHL, R. (1992-1956): «La poliarquia», ahora en VV.AA. *Diez textos básicos de Ciencia Política*, Ariel, Barcelona.
- DÁMASO, E. (1999): *A Invasão Spinolista*. Fenda, Lisboa.
- DOBRY, M. (1986): *Sociologie des crises politiques*. Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, Paris. [Existe edición española: Dobry, Michel (1988): *Sociología de las crisis políticas* CIS/S.XXI. Madrid.]
- DOMINGOS et alii (1977): *A revolução num regimento*. Arnazém das Letras, Lisboa.
- DOWNES, C. (1988): *Revolution at the grassroots*. NY University Press.
- DURÁN MUÑOZ, R. (1997): *Acciones colectivas y transiciones a la democracia. España y Portugal 1974-1977*. Fundación Juan March Tesis Doctorales, Madrid.
- EISFELD, R. (1985): «Influências externas sobre a revolução portuguesa: o papel da Europa ocidental» em Opello (1985).
- FERREIRA, J.M. (coord) (1992): *Portugal em transe (1974-1985)*. Vol 8 de José Mattoso (dir): *História de Portugal*. Lisboa, Circulo de Leitores. [hay edición española: *Portugal en transición*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2000].
- FAVRE, P. (ed.) (1990): *La manifestation*. Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, Paris.
- FILLIEULE, O. (1997): *Stratégies de la rue. Les manifestations en France*. Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, Paris.
- GIUGNI, M.; MCADAM, D., y THILLY, C. (1998): *From Contention to Democracy* Rowman and Littlefield Publishers, Maryland.
- GLENN, J. K III (1999): *The Impact of Collective Actors Upon Democratization*. Working Paper, Instituto Europeo de Florencia.
- GOLDSTONE, J.A. (1998): «Social Movements or Revolutions? On the evolution and outcomes of Collective Action» en Giugni et alii.
- GÓMEZ FORTES, B. (2002): «De la revolución a la democracia representativa» En *Historia y Política*, n.º 7 (2002/1).
- GRAHAM, L.S., y MAKLER, ed. (1984): *In Search Of Modern Portugal*. Wisconsin University Press.
- HAMMOND, J.L. (1984): «Electoral Behaviour and Political Militancy» en Graham et alii (1984).
- (1985): «Popular Power and the portuguese far left». *European Journal of Political Research* n.º 13 pp.207-225. Amsterdam.
- (1988): *Building Popular Power, Workers and Neighborhood Commissions in The Portuguese Revolution*. Monthly Review Press, New York.
- HUNTINGTON, S.P. (1991): *The Third Wave. Democratization in the Late Twentieth Century*. University of Oklahoma Press. [Existe versión española: *La tercera ola : la democratización a finales del siglo XX* Barcelona, Paidós, 1994.
- JENKINS, J.C. (1994-1983): *La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales*. Zona Abierta n.º 69, Madrid.
- KALYVAS, S.N. (2000): *The Logic of Violence in Civil War* Estudio/Working Paper 2000/151, Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, Madrid.
- KLANDERMANS, B., y JOHNSTON, H. (eds.): *Social Movements and Culture*. UCL press.
- LICHBAUGH, M.I. (1998): «Contentious Theories of the Action-Structure Problem of Social Order» en *Annual Review of Political Science*.
- LINZ J.J., y SHAIN, Y. (1995): *Between States: interim governments and democratic transitions*. Cambridge University Press.
- LINZ., J.J. (1987): *La quiebra de las democracias*. Alianza, Madrid.

- LUHMANN, N. (1982): *The differentiation of Society*. Columbia University Press.
- (1995): *Poder*. Universidad Iberoamericana, México DF.
- MAGINTYRE, A. (1980): «Causalidad e historia» en Manninen y Tuomela (eds.): *Ensayos sobre explicación y comprensión*. Madrid. Alianza.
- MAILER, P. (1977): *Portugal, the impossible revolution?* Solidarity, Londres.
- MANN, P. (1990): «Les manifestations dans la dynamique des conflits» en Favre (ed.) (1990).
- (1994): «Pouvoir politique et maintien de l'ordre. Portée et limites d'un débat». En *Revue Française de Sociologie* XXXV-3, 1994.
- MANUEL, P.C. (1995): *Uncertain Outcome, the Politics of the Portuguese Transition to Democracy*. Lahman M.D. University Press of America.
- MAXWELL, K. (1994): *El derrocamiento del régimen y las perspectivas de transición democrática en Portugal*. En O'Donnell et alii. (comp): «Transiciones desde un gobierno AUTORITARIO», vol I. Barcelona. Paidós.
- MAXWELL, K. (1995): *The Making Of Portuguese Democracy*. Cambridge University Press.
- MCADAM, TARBOW y TILLY (2000): *Dynamics of Contention* Cambridge University Press.
- MCADAM, MCCARTHY y ZALD (eds.) (1999): *Movimientos Sociales, perspectivas comparadas*. Istmo, Madrid.
- MELO, G. de (1976): *Corugem de Lutar*, ed. del autor, Lisboa.
- MELUCCI, A. (1995): «The process of collective identity». en Johnston and Klandermans (eds.): *Social Movements and Culture*. UCL, press.
- MOSCOSO, L. (1997): «El conspirador, la partera y la etiología de la revolución». *Zona Abierta* n.º 80-81. Madrid.
- MOTA, G. (1976): *A Resistência. Subsídios para a compreensão do Verão quente de 1975*. Ed. Expresso, Lisboa.
- NOELKE-NEUMANN, F. (1995): *La espiral del silencio: opinión pública: nuestra piel social* Barcelona, Paidós.
- O'DONNELL, G., SCHMITTER, P., y WHITEHEAD, L. (eds.) (1986): *Transitions from authoritarian rule*. 4 vol. The John Hopkins University Press. [existe versión española *Transiciones desde un gobierno autoritario*. Barcelona, Paidós, 1994].
- OBERSCHALL, A. (2000): «The manipulation of ethnicity: from ethnic cooperation to violence and war in Yugoslavia». *Ethnic and Racial Studies* vol 23, n.º 6 pp. 982-1001.
- OLSON, M. (1992): *La lógica de la acción colectiva: bienes públicos y la teoría de grupos*. Limusa, México.
- PALACIOS, D. (2002): «Reacción popular violenta y Estado revolucionario. El verano caliente portugués de 1975». *Historia y Política* n.º 7 (2002/1), pp. 211-348.
- PALACIOS, D. (2003): *O poder caiu na rua. Crise de Estado e ações coletivas na revolução portuguesa*. Imprensa de Ciências Sociais. Lisboa.
- PINHIRO, V. (1999): *576 dias de revolução*. Campo das Letras, Oporto.
- PINTO, A.C. (1998): «Dealing with the legacy of the authoritarianism: political purges and radical right movements in Portugal's transition to democracy 1974-1980» en Larsen (ed.): *Modern Europe After Fascism*.
- PIZZORNO, A. (1994): «Identidad e Interés». *Zona Abierta* n.º 69: pp135-152.
- PORTA, D. della (1995): *Social Movements, Political Violence, and the State*. Cambridge University Press.
- PORTA, D. della (1999): «Movimientos sociales y Estado, algunas ideas en torno a la represión policial de la protesta» en McAdam et alii (1999) (eds.).
- PRZEWORSKI, A. (1986): «Some Problems in the Study of the transitions to Democracy». En O'Donnell et alii (1986).
- PRZEWORSKI, A. (1988): «Democracy as Contingent Outcome of Conflicts». En Elster J. (ed.): *Constitutionalism and Democracy*. Cambridge University Press.
- REZOLA, I. (1992): «A igreja» en Ferreira, José Medeiros (1992).
- REZOLA, I. (2002): «Del Movimiento de los Capitanes a Consejo de la Revolución» en *Historia y Política*, n.º 7.
- RIEGELHAUPT, J. (1979): «Os camponeses e a política no Portugal de Salazar - o estado corporativo e o «apoliticismo» nas aldeias». *Análise Social* vol XV (59), 3.º
- RODRIGUES, A., BORCA, C., y CARDOSO, M. (1979): *Abril nos quartéis de Novembro*. Bertrand, Lisboa.
- RODRIGUES, F.M. (coord.) (1994): *O futuro era agora. O movimento popular de 25 de Abril*. ed. Dinossauro, Lisboa.
- ROSAS, F. (coord) (1999): *Portugal e a Transição para a Democracia (1974-1976)*. Colibri, Lisboa.
- ROSAS, F. (2000): «Do golpe de Estado à Revolução». Comunicación oral presentada en el curso «A Europa do Sul e os processos de transição para a democracia no pós guerra». Cursos de Verano de la Arrábida.

- SÁNCHEZ CERVELLÓ, J. (1993): *A revolução portuguesa e a sua influência na transição espanhola*. Assírio e Alvim, Lisboa. [hay edición española: *La revolución portuguesa y su influencia en la transición española*, Madrid, Nerea, 1995].
- SANTO, M.E. (s.d.): *Freguesia rural no norte do Tejo*. IEDS, Lisboa.
- SANTOS, B. de S. (1990): *O Estado e a Sociedade em Portugal (1974-1988)*. Afrontamento, Oporto.
- SANTOS, B. de S.; CRUZEIRO, M.E., y COIMBRA, N. (1995): *O Pulsar da Revolução*.
- SCHELLING, T.C. (1960): *The Strategy of Conflict*. Oxford University Press. [existe versión española: *La estrategia del conflicto*, Madrid, Tecnos, 1964].
- SCHMITTER, P.C. (1999): «The democratization of Portugal in comparative perspective». En *Rosas (coord.) (1999)*.
- SIPC [Serviço de Intercâmbio Político e Cultural] (1976): *Portugal, um guia para o processo*. SLEMES (S.l.).
- SNOW, D.; CREES, D.; DOWNEY, L., y JONES, A. (1998): «Disrupting the «Quotidian»: Reconceptualizing The Relationship Between Breakdown and the Emergence of Collective Action». *Mobilization* 3 (1): 1-22.
- SOARES, M., e AVILLES, M.J. (1996): *Soares, ditadura e revolução*. Público, Lisboa.
- SPÍNOLA, A. de (1978): *País sem rumo. Contributo para a história de uma revolução*. SCIRE, Lisboa.
- STINCHCOMBE, A.L. (1999): «Ending Revolutions and Building New Governments». *Annual Review of Political Science*, 1999, 2: 49-73.
- TARROW, S. (1995): «Mass mobilization and regime change: pacts, reforms and popular power in Italy (1918-1922) and Spain (1975-1978)». En Gunther, Richard *et alii*. *The Politics of Democratic Consolidation*. pp. 205-230.
- TARROW, S. (1997): *El poder en movimiento*. Madrid, Alianza Universidad.
- TILLY, Ch.; TARROW, S., y MCADAM, D. (1997): «Toward a Integrated Perspective of Social Movements and Revolution». En Lichbach and Zuckerman (1997): pp. 142-174.
- TILLY, C. (1970-1963): «The Analysis of a Counter-Revolution» en Gusfield (cit.).
- TILLY, C. (1978): *From mobilization to revolution*. McGraw-Hill, Nueva York
- TILLY, C. (1999): *Social movements*. En www.columbia.edu.
- TRAUGOTT, M. (1985): *Armies of the Poor*. Princeton University Press.
- TORRE GÓMEZ y SÁNCHEZ CERVELLÓ (1992): *Portugal en el siglo XX / La historia en sus textos*. Istmo, Madrid.
- TORRE GÓMEZ, H. de la (coord) (1989): *Portugal y España ante el cambio político*. UNED, Madrid.
- WISE, A. (1975): *Eyewitness in revolutionary Portugal*. Spokesman's books, Londres.